

PA 6503

.C2

R4

V.3

Tomo. 1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

LA REDENCION DEL ESCLAVO.

PRÓLOGO DE LA SEGUNDA PARTE.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

I. "ALFONSO REYES"

No. 4625 MONTERREY, MEXICO

ORIEL.

No habrá piedad para mí en la tierra. He recorrido el mundo, y sólo me he clavado sus espinas. He puesto los labios en la copa de la vida, y sólo he apurado su acibar. Cuando he procurado acercarme a los sacrificios de los dioses para calentar mi cuerpo yerto, los sacrificios se han suspendido. Cuando he querido pelear en los campos de batalla para buscar la muerte, los guerreros me han atado a la cola de sus caballos, creyéndome indigno de pelear por ellos, y de morir con ellos. Cuando he procurado fundar una familia, como la funda el ave sobre la copa de un árbol, como la tiene un tigre en las madrigueras

del desierto, se han comido mis perseguidores á pedazos mi corazón y mis hijos. Soy desgraciado porque soy esclavo, y soy esclavo porque me llamo el trabajador. Los dioses del Oriente, mis perseguidores, van cayendo y rodando por la tierra como las hojas secas en el otoño. Sus templos se arruinan. La fé, que los alimentaba, se extingue. Yo los he maldecido, ellos han muerto, y sin embargo, yo continuo postrado. ¿Quién me escuchará?

EL DESIERTO.

La soledad es fecunda. Sobre mis montañas de estéril arena, más allá del viento abrasador que me azota, flota algo misterioso, algo único, uniforme, inmenso, infinito, como mi desolada superficie.

ORIEL.

¿Qué voz oigo? Me parece que de esas arenas estériles se levanta como un rojo y luminoso vapor, en cuyas ondulaciones vagan extrañas palabras que me alientan, que me fortalecen como á un dios el incienso. No sé qué melodía interior escucho, cual si fuera mi cerebro un instrumento henchido de misteriosas armonías.

CORO DE ÁNGELES INVISIBLES.

Piedad, piedad de Oriel. Su cuerpo, amasado en el éter de los cielos, ha caído en el hielo de los planetas. Su alma increada y misteriosa, más libre que el viento donde iba tu palabra creadora por los espacios infinitos, ha pasado por todos los grados de la servidumbre en toda la redondez de la tierra. Piedad, piedad para Oriel.

UNA VOZ CELESTIAL.

Yo le puse en la cima de los mundos. El espacio infinito parecía el manto de sus hombros y la vía láctea la espada de su cinto. Los planetas llegaban á sus labios en pos de inspiraciones del espíritu como las abejas en pos del aroma de las flores. Las estrellas se quedaban estáticas oyendo las dulces melodías de sus cánticos. El Universo se agitaba cuando abría sus alas gigantescas. En esta suprema felicidad sentía irremediable hastío. Y le apenaba la idea de no haberse creado á sí mismo. Entonces la justicia, que ha enlazado en armonías incommunicables los mundos y las almas, le condenó al trabajo de crearse á sí mismo. Tended, ángeles, tended los ojos por los espacios infinitos; penetrad como buzos en los insondables

abismos de la naturaleza. No se interrumpe la creacion ni un momento. El granítico monte se enfria en siglos de siglos. La gota de agua tarda miles de años en esculpir y estriar la misteriosa estalactita. Los moluscos, las madreperas forman una isla en una eternidad. La corona de fuego, que lleva un volcan en su cráter, es la pavesa no más del fuego creador que en sus venas llevará la materia. Y si todo esto cuesta crear el mundo material, ¿qué no costará crear un alma? Oriel está condenado al inmenso martirio de crearse á si mismo un cuerpo con el cincel del trabajo y un alma con el cincel de la inteligencia. Y si no miradle, oídle; sueña y no está arrepentido.

ORIEL (*soñando*).

El esclavo sólo es feliz cuando duerme, sobre todo si sueña que es feliz. Yo he visto venir hasta mi en alas de misterioso génio un planeta donde reinaban la vida y la abundancia. Siete lunas le seguian en su camino, y el sol le iluminaba tan blandamente que eran sus estaciones una sucesion de primaveras perpétuas. Reverdecian, reflorecian, fructificaban constantemente sus árboles. Resplandecian cargados de estrellas sus cielos. Fluian mansamente sus rios. Amaban por

toda una eternidad sus mujeres. Todo era allí pródigo y fecundo, pero espontáneo, porque no necesitaba aquel planeta del trabajo. Y yo he dicho: ni quiero esa vida ni quiero ese planeta. Prefiérolo ágrío, estéril, lleno de ronzas, con montañas que la nieve cubre, con valles que el calor abrase; rompiéndose las olas al pié del volcan hirviente, y desatándose en su atmósfera torbellinos y huracanes eternos. Prefiérolo así para vencerlo y domarlo con el instrumento de mi trabajo. Yo quiero ser el artifice de mi planeta, yo quiero ser el autor de mi vida, yo quiero ser el creador de mi alma, yo quiero ser el redentor de mis dolores.

LA VOZ CELESTIAL.

Así es esa criatura misteriosa, impalpable, que produce las ideas; así es el espíritu. La materia obedece y se deja modelar como cera al influjo del pensamiento creador. El sol, que ilumina y vivifica los mundos, estará oscilando perpétuamente como un péndulo gigantesco en el fondo de su sistema planetario. El planeta se suspenderá del sol, y el satélite del planeta con éxtasis infinito. Pero el alma, ese éther invisible, ese aroma impalpable en cuanto de los lábios creadores

se escape como vago soplo de un suspiro, batallará por llamarse un sér independiente, y por llevar una corona de propia luz, á nadie debida en el Universo.

ORIEL (*soñando.*)

Yo aspiré siempre á crearme á mi mismo. Yo aspiré siempre, sí, siempre á este supremo bien...

LA VOZ CELESTIAL.

Inmenso, increíble trabajo. Necesitarás siglos de siglos tan sólo para encontrar el instrumento necesario á tu obra, tan sólo para encontrar la libertad. Tu vida será un dolor continuo, infinito. Tu paso por el mundo un tormento. Tus pasiones una batalla. Tu trabajo una pena. Tu historia hará verter lágrimas á todas las generaciones. Donde fijas el pié, saldrán espinas; y donde fijas el pensamiento, saldrán misterios. Te azotará un huracan de lágrimas hinchado. Vivirás en profundo é insondable océano de sangre. El peso de una cadena abrumadora gravitará sobre tus espaldas. Cuando creas, despues que por siglos de siglos hayas mellado algo tus eslabones, encontrar un derecho, solo encontrarás una transformacion de tu servidumbre. Del frio pedernal

sale una chispa. Y no sale del alma del esclavo, porque incendiaria el mundo. ¡La creacion! Trabajo infinito, eterno, universal, nunca interrumpido, que llena todos los abismos, que agrupa todas las moles; la creacion solo está reservada á los dioses.

ORIEL (*despertándose.*)

No sé qué he soñado. Pero he soñado algo misterioso, extraño. Pareciame que este martirio de siglos iba á concluir, que algo nuevo se revelaba en mi, que al ménos mis tiranos, aunque omnipotentes, no podian privarme de soñar. Y hé ahí un refugio, y en ese refugio hé ahí una esperanza. Veo venir por los limites del abrasado horizonte inmensa caravana. No me parecen aquellos sacerdotes que me han maldecido, aquellos reyes que me han esclavizado, aquellos guerreros que me han convertido en su dócil instrumento.

CORO DE PUEBLOS NÓMADAS.

Venimos de las riberas del Eufrates, y queremos un hogar seguro. Cavemos, en busca de pozos de agua viva, el desierto. Alzemos la tienda hospitalaria en el camino infinito, como alza la alondra su nido en la inmensidad del campo. La-

varemos los piés del caminante, y le ofreceremos agua en nuestro cántaro, leche de camellas en nuestros odres, pan amasado sobre la piedra del hogar, y cocido entre cenizas, despues de haberle entonado el cántico de la bienvenida nuestras mujeres, y haberle convidado nuestros esclavos á que pase revista á los innumerables ganados. Nosotros hemos tenido por padres á los patriarcas, y tendremos por hijos los redentores. Pobres somos. Nuestros jefes se criaron sobre el lomo del camello, y se unieron con mujeres buscadas en tierras de Mesopotámia. Hemos dejado las huesas de nuestros predecesores al pié de las palmeras, en largo y no interrumpido viaje. Somos pobres, pero dominaremos al mundo.

ORIEL (*extrañado.*)

¿Por qué, por qué?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

Porque tenemos una esperanza.

ORIEL.

¡Una esperanza! ¿Qué quiere decir una esperanza? ¡Ah, ya caigo! La seguridad de que se cumplirá un deseo, la seguridad de que se reali-

zará un ensueño. La esperanza es el agua en la sed, el rocío en la sequedad, la luz en las tinieblas, la certeza de que vendrá el sol mañana en medio de las sombras de la noche presente. ¡Pueblo nómada, tuyo será el mundo!

EL PUEBLO NÓMADA.

Será nuestro algo más que el mundo; será nuestra la conciencia humana.

ORIEL.

¿Qué dominio es ese? ¿Dónde está ese reino? ¿Se esconde, por ventura, á las orillas del Nilo, entre el desierto y el mar, ó allá sobre las montañas del Libano, cuyos cedros convertidos en mares sojuzgan á las ondas?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

No te comprendemos, mortal.

LA VOZ CELESTIAL.

Esclavo, si supieras lo que es la conciencia, dejarías de ser esclavo.

ORIEL.

La conciencia es bien extraña palabra. Yo nun-

ca la he oído pronunciar en mi larga peregrinación por la tierra. Y he estado, aunque á manera de maldita sombra, en los palacios de los reyes, en los templos de los dioses, al pié de las aras, junto al fuego del sacrificio.

LA VOZ CELESTIAL.

Busca la conciencia por el mundo, é ignora que la lleva dentro de sí mismo. Si el esclavo supiera que tiene conciencia, sabría que es libre, que lo creó libre el cielo.

ORIEL.

¿Me llevais con vosotros?

LOS PUEBLOS NÓMADAS.

Te pondremos entre nuestros camellos, entre nuestros perros. Tú eres un siervo extranjero. Y los siervos extranjeros no pueden compartir nuestro pan ni beber en el mismo odre en que nosotros bebemos.

ORIEL.

Tambien, tambien me condenan. Mi martirio es eterno. Nueva hiel cae sobre mis labios; nue-

vas lágrimas se cuajan como el granizo de una tempestad en mis mejillas.

UN ECO.

¿Y la gloria de haberte creado á tí mismo?

ORIEL.

No sé qué oigo, como una carcajada de broma, como una palabra de reconvencion. Siento horriblemente, pero acepto resignado mi dolor.

II.

FARAON.

¿Qué me cuentas? Esos viles gusanos se atreven á despreciar á mis dioses. Más despreciables ellos que el polvo levantado por mis plantas, me maldicen. Dá orden pronto de que ahoguen las parteras, al nacer, sus hijos.

EL EUNUCO.

Señor, sus mujeres son tan fuertes, que parecen sin necesidad de parteras.

FARAON.

Dá orden de que todos los israelitas recién nacidos sean arrojados al rio. Así extirparémos esa raza que con la cadena al pié, el látigo sobre los hombros, la hiel en los labios, el sudor de sangre en la frente, se atreve todavía á la adoración de un Dios que no está entre mis dioses, y

al deseo de poner á su cautiverio un término que no está en mis deseos.

EL EUNUCO.

Antes agotarás el Nilo que la esperanza de esas gentes. Antes mellarás el sol que la constancia de esa raza.

FARAON.

Obedece, y no me repliques. Cuando un rey de Egipto habla, todo calla. Esos perros han amenazado con matar á mis dioses. Yo mataré á sus hijos. En una mano tengo el ánfora de donde mana la vida, y en otra mano tengo la guadaña de la muerte.

III.

ORIEL (*solo*).

¡Un pueblo de esclavos! ¡Todo un pueblo de esclavos! Y parecía ese pueblo tan fuerte como el cachorro del leon. Y lavaba en vino viejo sus vestiduras. Y aplastaba las serpientes que mordian las pezuñas de los caballos sobre que iba cabalgando como el rayo sobre la nube. Y los patriarcas le bendijeron. Y los profetas le anunciaron victorias. Y las alimañas del desierto, que se habian erguido para devorarle, le lamieron los piés. Y junto á los sepulcros de Efron oyó el cántico que le prometia esperanzas sin término, bienes sin medida, cuando el último sueño bajaba sobre los párpados de su padre Jacob. Y yo me quejaré. ¿Qué soy yo? La sombra de una sombra, ménos que nada. El abismo ha sido mi padre, el dolor mi cielo, la desesperacion mi esposa, el misterio mi porvenir, mi presente y mi pasado. Cuántas

veces he envidiado al bruto que tiene una compañera en las cavernas y un lecho donde depositar sus cachorros. Cuántas veces hubiera querido ser el águila, que extiende sus alas en lo infinito, y se deja mecer tranquilamente por los huracanes. Mas no, eso era demasiado en mi miseria. Por el arroyo que llora, por la amarga ola que el viento hincha, se hubiera cambiado mi deseo. Mas ya contemplo razas enteras esclavas. Ya contemplo un pueblo todo reducido, como yo, á perpétua servidumbre. A lo ménos tendré, si no su cariño, tendré su compasion. Oigo llorar. ¡Qué hermosa mujer!

IV.

LA HIJA DE LEVÍ.

Paz te sea dada, oh extranjero. No me pareces de la raza que me oprime, y que obliga á mis padres, á mis hermanos, á mi esposo, entre maldiciones y amenazas, á cocer los ladrillos para edificar los palacios de sus opresores, esos palacios, que son nuestros propios calabozos.

ORIEL.

Mujer, yo soy extraño á todos los pueblos, y extranjero en todos los hogares. Por eso quizá yo soy compasivo. El dolor no puede ser por ninguna fantasía imaginado. El dolor solo se aprende sentido. Y yo he pasado todos los dolores.

LA HIJA DE LEVÍ.

¿Hasta el dolor de tener que matar por tu propia mano tus hijos?

ORIEL.

Hasta ese dolor. He tenido que sacrificar mis hijos, porque los exigian para víctimas de sus aras los dioses á quienes adoran en la tierra.

LA HIJA DE LEVÍ.

Pero tú no sabrás jamás lo que es ese dolor. Para sentirlo en toda su intensidad, se necesita ser madre y haber parido este hijo. Fieras del desierto, vosotras tendríais compasion de esta mujer, y no la tienen los egipcios. Piedras de los sepúlcros faraónicos, vosotras os ablandaríais al lloro de esta madre, y no se ablanda el corazon de un tirano.

ORIEL.

¡Qué hermoso niño! Sus lábios son encendidos como el fuego, sus ojos alegres como la luz. Las tiernas manecitas parece como que quieren coger el cielo. La sonrisa que en su boca vaga, es tan dulce como la inocencia. Sólo tendrá tres ó cuatro dias, y en tres ó cuatro dias ha crecido mucho. Engendrado en la esclavitud, parido entre

2.ª parte.—Tomo I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

dolores acerbos, amamantado con lágrimas, parece superior á todas estas tristezas, sonrosado por el reflejo de celeste serenidad y alegría.

LA HIJA DE LEVÍ.

Pues mira, Faraon me manda arrojar este hijo mio al rio, á este rio de caimanes.

ORIEL.

Mandato horrible. ¿Y no hay medio de eludirlo?

LA HIJA DE LEVÍ.

Ninguno. Ya han desaparecido en las ondas muchos pequeñuelos. Cuando lo sentia retozar en las entrañas se me helaba la sangre. Hubiera querido llevarlo perpétuamente conmigo, esconderlo perpétuamente en mis entrañas. Avisáronme los dolores del parto de que venia sin remedio, y yo no los escuchaba, á pesar de su intensidad. Hacia esfuerzos sobrehumanos para no parir. En mi vientre no lo hubieran encontrado. Para arrancarlo de allí tenían que arrancar-

me al mismo tiempo la existencia. Por fin vino al mundo, arrastrado de una fuerza superior á mis fuerzas. ¡Cuánto desea una madre ver al hijo que acaba de costarle tantos dolores, al hijo que acaba de nacerle entre suspiros y angustias! Y yo no me atrevia á mirar á mi hijo. Cuando sin poderlo remediar le ví, quedé olvidada un momento de mi pena, al reflejo deslumbrador de su hermosura. Pero bien pronto regué con mis lágrimas todo su cuerpecito. Bastaban mis lágrimas para limpiarlo de sus manchas. El dolor era tan grande, que no hice cama olvidada de toda debilidad, y capaz sólo de sentir la suerte de mi hijo. Hace tres dias que lo estrecho contra mi corazon, y que lo cubro desde la frente hasta los piés con mis besos. Pero llega la hora suprema del sacrificio. ¿Qué hacer? ¿Por qué, por qué no viene ántes la muerte?

ORIEL.

Confíalo al rio, confíalo á su tranquila superficie, á su mansa corriente.

LA HIJA DE LEVÍ.

Al río, jamás. Las ondas lo tragarán, y lo devorarán los cocodrilos hambrientos, los dioses de estos pueblos.

ORIEL.

Cuando yo estaba aquí solo, fabricaba, en recuerdo de mis hijuelos desaparecidos, esta cuna de mimbres, acompañándome en mi trabajo con las canciones propias del esclavo. Aparejémosla. Es más misericordiosa la naturaleza que el corazón de los hombres. Pongámosle en su fondo un lecho de palmas. Pongámosle en uno de sus extremos blanda almohada de flores. Cubrámosla con las verdes y frescas hojas de estos árboles. El sol lo iluminará con cariño. El áura embalsamada lo impulsará con sus besos. Las ondas del río le mecérán como tus amorosos brazos. La paloma del valle lo seguirá como si fuera el nido de sus hijuelos. Le prohijará el Gran Todo, que tiene vida hasta para los insectillos. Y lo habrás confiado á la naturaleza, más compasiva, más benéfica que el corazón empedernido de los hombres. No tiembles, no. Los cocodrilos son ménos temibles que un rey, que un tirano.

LA HIJA DE LEVÍ.

¿A quién, á quién así confío mi hijo?

ORIEL.

Estaba yo una tarde, al ponerse el sol, en la inmensidad del desierto. Entre los arboles del horizonte, esmaltado por todas las tintas del ocaso, vi venir háca mí una tribu. Apliqué el oído y recogí en mi memoria sus cantares con la misma sed con que beben los desiertos el rocío. Aquellos hombres, atezados por el simoun, se prometían el dominio de un mundo mayor que la tierra. Y para conseguir ese dominio, solo tenían un título, su fé; y solo confiaban en un instrumento, su esperanza. Esa tribu, era la tribu de Abraham tu padre. De esa raza ha nacido Jacob.

LA HIJA DE LEVÍ.

Tienes razon, la tienes, sí, extranjero. Me siento fuerte. Confío mi hijo al Dios de Leví, al Dios de Jacob, al Dios de Abraham.

EL NILO.

Yo soy el rio de los misterios. En mis ondas se han bañado los dioses. Yo fecundo la tierra con mi limo y los sepuleros con las esperanzas de inmortalidad. El Buey Apio, que se apacienta en mis márgenes, ha abierto nuevos surcos en la conciencia humana para plantar nuevas ideas. Mi tranquila superficie ha reflejado los geroglíficos que guardan secretos de los cielos. Los solitarios han venido á extinguir en mis manantiales el ardor de sus lábios encendidos por la sed de lo infinito. Mis ondas se han cansado de lamer graníticas tumbas, donde descansan millares de castas y generaciones innumerables de sacerdotes. Yo soy el rio de los misterios. Vengo del interior de Africa, hiryente, abrasado, como esas corrientes de materia cósmica que surcan en todas direcciones los espacios infinitos. Muchos árboles se han deshojado sobre mis aguas. Muchas conciencias me han confiado sus secretos. Y yo nunca he sentido una conmocion tan profunda en mis entrañas como al desflorar el apretado cristal de mi superficie esa cuna de mimbres donde vá dormido en su inocencia un recién-nacido niño. ¿Por qué me alegra ese peso? ¿Por qué mis aguas se reco-

gen y se tranquilizan más? ¿Por qué mis áuras suspenden su aliento al pasar sobre esa cuna? ¿Por qué mis horizontes la miran con tranquilo éxtasis? ¿Por qué mis aves la siguen como si la custodiaran? ¿Qué misterio vá en sus mimbres? ¿Qué secreto guarda? ¿Qué es, qué es esa cuna?

LAS AURAS.

Es la cuna de la libertad.

EL NILO.

¿Cómo se llamará ese niño?

LAS AURAS.

Se llamará Moisés.

EL NILO.

¿Qué hará ese niño?

LAS AURAS.

Romperá una cadena y redimirá un oprimido. Todo aquel que rompe una cadena, todo aquel que redime un oprimido, es sagrado en la tierra, es inmortal en la historia.

ORIEL.

Yo he sido el trabajo que ha fabricado esa cuna. Sin mí, ese niño redentor no flotaría sobre las aguas del Nilo. Yo soy el redentor del Redentor. ¿Quién, pues, me redimirá á mí?

LAS AURAS.

Tú mismo.

V.

CORO DE ISRAELITAS.

«Cantemos al Señor que, glorificándose á sí mismo, sumergió en la mar el caballo y el caballero.»

«La fuerza y la gloria de Israel, están todas en el Señor, que fué nuestra salvacion.»

«Él es nuestro Dios, y por eso lo glorificamos; él es el Dios de nuestros padres, y por eso lo exaltaremos sobre todas las cosas.»

«Jehová es su nombre, Jehová el nombre de este guerrero invencible.»

«Él ha precipitado en las aguas los carros de guerra y los ejércitos de Faraon. El mayor entre los precipicios egipcios, yace en el Mar Rojo.»

«Los abismos le cubren, los abismos que le han devorado como si fuera una piedra.»

«Tu diestra, Señor, tu diestra se ha señalado

por su fuerza. Tu diestra ha herido al enemigo.»

«Aniquilástelo en la inmensidad de tu gloria. Consumístelo, como débil arista, en el incendio de tu cólera.»

«Las aguas se han encrespado al soplo de tu furor, las corrientes se han detenido, los abismos se han allanado en el fondo del mar.»

«El enemigo ha dicho: yo le perseguiré, yo le alcanzaré, yo distribuiré sus despojos, y mi corazón estará satisfecho; yo desenvainaré la espada y lo exterminaré entre mis manos.»

«Has enviado tu aliento, y el mar los ha cubierto, y hánse hundido como el plomo en las profundas aguas.»

«¿Quién te iguala en fuerza, Señor? ¿Quién se asemeja á tí? Grande en tu santidad, terrible en tus prodigios.»

«Estendiste la mano, y los devoró la tierra. En tu bondad, guiaste á tu pueblo, que has emancipado, y lo condujiste con tu pujanza al lugar de tu santísima morada.»

«Los pueblos se han levantado en su cólera. Los Filisteos han sido sobrecogidos de dolor, los principes de Edom conturbados, el espanto ha sorprendido á los fuertes de Moab, y los habitantes de Canan se han secado de miedo.»

«Que el frío del terror á tu formidable brazo les invada; que se petrifiquen hasta que tu pueblo haya pasado, este pueblo que has querido hacer tuyo.»

«Tú le conducirás, le establecerás sobre la montaña de tu heredad, en la sólida mansion que has construido; Señor, en el santuario que tus manos han fundado.»

«El Señor reinará en la eternidad más que duren los siglos.»

«Faraon ha entrado en el mar con sus carros, con sus caballos; el Señor ha arremolinado sobre él todas las aguas, y los hijos de Israel han pasado á pié enjuto.»

«Cantemos al Señor que se ha glorificado á sí mismo, precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

ORIEL.

¿Qué oigo? ¡Qué extrañas palabras! Dios y libertad. La palabra Dios me trae á los ojos no sé que océano de luz donde nadan millones de mundos y de soles, que luego suben á las alturas en coros infinitos, produciendo incomunicables aromas. Al oír esa palabra, me parece que los cuer-

pos se vuelven diáfanos, y que yo quiero recordar mi estado anterior á mi estado presente, y en el cual ceñidos de alas mis hombros, recorría los espacios viendo venir las estrellas, como enjambres de abejas, á libar la vida en el aliento que despedían mis lábios. Apenas creo encontrarme en el desierto, con su horizonte abrasado, con su uniforme oleaje de arena, con su triste hisopo, atravesado todo de vez en cuando por las bandadas de avestruces errantes. Dios, quiere decir un sol sobre los soles: Dios, quiere decir una estrella mayor que las demás estrellas. Yo, arrojado de los templos, he querido dirigirme á los dioses, cuando los sacerdotes dormían, cuando los sacrificios estaban suspensos, desiertas las aras, como un criminal que acecha el momento de cometer su crimen allá entre las sombras de la noche. Y yo he creído que para mover á los dioses, á esos seres benéficos, invocados por los mortales, bastábame plegar las manos, y pedir misericordia con mis lábios amargados por la hiel de todos los dolores; pedirles misericordia. El silencio ha respondido á mi súplica. El eco ha sido más compasivo que la divinidad. A lo ménos ha repetido mi queja como si quisiera decirme que hay algo misterioso que conmigo siente. Pero ese Dios invis-

ble que un pueblo, ayer esclavo como yo, y hoy redimido, invoca entre el mar, donde han caído sus tiranos, y el desierto, en cuya esterilidad ha brotado la esperanza, ese Dios debe ser mi Dios. Su nombre vá unido al nombre de libertad. Yo no entiendo este nombre, no puedo comprenderlo en la abyección y en la miseria que sufro. Pero azota mi cuerpo como un viento fortísimo, y enardece mi sangre como un calor invisible. Si yo lo comprendiera, si yo lo alcanzara, es lo que había de levantarme de esta fría soledad y de esta tristeza en que se consume mi vida. Yo busco algo superior á mí que no conozco y que amo; algo que no entiendo, y que sin embargo deseo. ¿Por qué la rama de esa humilde planta sedienta mira al cielo? ¿Por qué el vuelo del ave se dirige al cielo? Buscan su esencia, buscan su vida, buscan ese misterio que se llama Dios. Y yo, ¿por qué, por qué busco ese otro misterio que se llama libertad?